

## El velo de la discordia

Un nuevo episodio de la, ya larga, guerra del velo se ha dado recientemente. Una alumna expulsada y, al final, cambiada de colegio, son las consecuencias del enfrentamiento entre la dirección del centro y la familia musulmana, motivado por el uso del velo islámico por parte de la menor, cuando la normativa aprobada en el mencionado colegio prohíbe dicho uso.

El tema es de una complejidad mucho mayor de lo que a primera vista pueda parecer, y ello se refleja en las distintas posturas, y sus motivaciones, que se dan ante este tema. Y no solo posturas, si no extrañas alianzas, en ocasiones contra natura, entre los distintos sectores sociales y políticos que al respecto se manifiestan.

Así, por ejemplo, sectores progresistas, en pro de los derechos individuales aparecen junto a la Iglesia Católica defendiendo el derecho al uso del velo, a la vez que otros sectores, también del abanico progresista, que entienden que la imposición del velo islámico es una demostración de sumisión de la mujer ante el hombre, muestran una oposición frontal a su utilización, aunando esfuerzos con la más rancia derecha.

Es un hecho constatable que este tema no puede escapar a las amplias y extendidas contradicciones existentes y a la fácil manipulación interesada.

Es una realidad que el llamado velo islámico tienen una estrecha relación con la religión islámica, aunque esta sea más por asociación histórica que por el hecho de que su uso este contemplado en el Corán, siendo esto último más que discutible. Es más, la extensión de su utilización es, hasta cierto punto, una realidad al margen de la religión. Lo que no quita para que los sectores más integristas hayan visto en ello un mecanismo apropiado para la imposición de sus modelos morales y la consiguiente represión de la libertad de la mujer, como claro sistema patriarcal que es el Islam, al igual que el resto de religiones que comparten sus raíces en la Biblia judía.

Es evidente que cuando el uso del mismo obedece a las imposiciones vinculadas, por una parte, a la religión, y por otra, a las concepciones machistas que implican la mencionada sumisión de la mujer, la respuesta solo puede ser el rechazo. Claro que, en buena lógica, no solo deben ser rechazadas las simbologías propias de una religión concreta, si no de todas y cada una de ellas.

Así, y en el ámbito de la educación, no solo es deplorable el velo islámico, sino cualquier otra simbología religiosa, como puedan ser

las cruces colgadas al cuello, y, por supuesto, cualquier símbolo religioso de uso general, como crucifijos en las aulas, o la propia enseñanza de la religión como materia del currículo escolar, o la presencia de profesores o profesoras usando hábitos clericales. La enseñanza debería ser exclusivamente laica, tanto en su forma como en su fondo, y por ello merecen ser rechazados todos los símbolos, personales o colectivos, que puedan tener alguna relación con la creencia religiosa, y la propia enseñanza de la misma.

Lo que no puede hacerse es dar una de cal y otra de arena. No podemos ser inflexibles en aspectos concretos de una confesión y, a la vez, condescendientes con otra.

Pero el problema no termina en lo expuesto. En contra de lo que pudiera pensarse, no siempre la decisión del uso del velo es atribuible a la imposición familiar o a la práctica religiosa. Se dan casos en que la familia no solo no pretende obligar a su uso, si no que



**Velos y crucifijos, símbolos de represión**

ni la propia madre de la afectada lo utiliza. En estos caso estamos más ante un acto de rebeldía y autoafirmación de la alumna, que ante una intransigencia ideológica. Sería algo parecido al uso de vestimenta gótica por parte de algunos jóvenes (o cualquier otra tendencia de las muchas existentes). En este último ejemplo expuesto, la utilización de crucifijos, por ejemplo, no tiene un carácter religioso, si no únicamente estético. En este caso, la prohibición del uso de esos complementos puede ser más perniciosa que beneficiosa. No olvidemos que cruces o velos no son más que objetos comparables a cualquier otro, y que su significación especial y trascendente solo existe cuando se la otorgamos expresamente. No es algo que posean de forma intrínseca.

El gran problema de cómo afrontar estos casos es, precisamente, distinguir en cuales de ellos nos encontramos con situaciones de autoafirmación, o simples modas, y en cuales estamos ante una manipulación ideológica (la religión en general y con independencia de la confesión concreta, es una manipulación ideológica y un

engaño) o una vulneración de derechos, como la imposición de modelos basados en la sumisión de la mujer al hombre.

Por supuesto debe siempre rechazarse el hecho de condicionar la actividad social (como en este caso que nos ocupa, la enseñanza) a las creencias religiosas de los participantes en la misma.

Surge, inevitablemente, un nuevo tema de discusión: el derecho a la propia creencia religiosa. Ríos de tinta se han vertido sobre el tema. Se ha convertido en la bandera de muchos defensores de la libertad de uso del velo, y de otros símbolos religiosos, en el caso de otras creencias.

De hecho, es en base a este criterio por el que la Iglesia Católica ha salido en defensa de la niña objeto de la actual polémica. Es, por su puesto, una defensa interesada. La justificación de sus propias actitudes ante la presión cada vez mayor en contra de la presencia de distintivos religiosos en las aulas y contra la enseñanza de la religión en el plan de estudios.

Pero ¿Hasta que punto debe ser contemplado el derecho a la práctica religiosa como de obligado respeto, no solo en el ámbito privado si no también en el público, cuando se convierte en la forma de pervivencia y extensión de modelos sociales basados en el engaño (ninguna religión ha podido aportar prueba alguna de la realidad de sus prédicas) y en la represión?

La realidad histórica ha demostrado, y sigue demostrando, que, cuando una creencia religiosa deviene mayoritaria en una sociedad, despojada ya de su careta democrática, no duda en utilizar todos y cuantos mecanismos represivos considera necesarios para monopolizar el control social. Por tanto, la aplicación de criterios limitativos en los derechos sobre la libertad religiosa en el ámbito público es una forma de legítima defensa.

No cuestiono el derecho a la expresión religiosa en el ámbito privado, pero sí que este derecho pueda ser extendido al ámbito público, donde debe imperar de forma absoluta el laicismo, precisamente como garantía de respeto a la persona y sus derechos.